

Algunas reflexiones en torno a la formación bibliotecaria y en particular el caso del bibliotecario educativo

“Hay graves errores de concepción educativa en los que se puede incurrir si se olvida que las computadoras no son otra cosa que herramientas de gran potencial, que los estudiantes no van a la escuela a hacerse hábiles operadores de computadoras, sino a aprender a aprender, con todos los medios y de todas las maneras posibles, para toda la vida”

María Clemencia Venegas

La última fase del Siglo XX se vio signada por la irrupción de una crisis social, política y económica, al mismo tiempo que imponía unas nuevas formas de vinculación entre los sujetos o, mejor descrito como “desintegración de los vínculos” por Eric Hobsbawn[1]. Este autor, menciona tres transformaciones fundamentales del siglo XX y es justamente la última, coincidente con la última parte del siglo, aquella que describe como:

“La tercera transformación, que es también la más perturbadora en algunos aspectos, es la desintegración de las antiguas pautas por las que se regían las relaciones sociales entre los seres humanos y, con ella, la ruptura de los vínculos entre las generaciones, es decir, entre pasado y presente. Esto es sobre todo evidente en los países más desarrollados del capitalismo occidental, en los que han alcanzado una posición preponderante los valores de un individualismo asocial absoluto, tanto en la ideología oficial como privada, aunque quienes los sustentan deploran con frecuencia sus consecuencias sociales”

Cabe preguntarnos ¿cómo se fueron introduciendo estas transformaciones y fenómenos sociales en las prácticas bibliotecológicas? ¿Con qué sentidos y fines? Si se produjo este fenómeno de influencia, ¿de qué manera llega a nosotros, aquí, en cualquier biblioteca de Argentina? ¿Si persiste aún, en pleno Siglo XXI todavía o si están emergiendo otras prácticas, críticas y objeciones a una marcada tendencia de deshumanización en algún punto que roza la coyuntura bibliotecaria? ¿En qué momento y en qué lugar/es comenzamos a abandonar el humanismo en la biblioteca para zambullirnos en una tecnologización creciente de las prácticas bibliotecarias?

A pesar de que esto podría sentirse como un desolador panorama, antes que un natural

“progreso”, están emergiendo otras prácticas y otra bibliotecología. Cada vez más se advierten movimientos y acciones en ese sentido. Por ejemplo el Movimiento de Bibliotecología Social Latinoamericana[2] que promovió dos encuentros, fueron importantes para buena parte de la América Latina y el Caribe e incluso España. Seguramente, la localización geográfica de los movimientos sociales, coincidentes con el diciembre de 2001 argentino, convocaron y promovieron una reflexión en torno a una diversidad de aspectos vinculados al quehacer bibliotecario, algunos de los puntos de mayor efervescencia sin dudas, fue el debate sobre el compromiso social y político del bibliotecario con su entorno por un lado y la supuesta “neutralidad” de un profesional especializado en la gestión de la información y en este punto me gustaría detenerme un momento. El bibliotecario, ¿es un experto en información únicamente o dispone de otros instrumentos y herramientas que podrían ampliar y diversificar su papel? Este experto en información, ¿es lo que necesita la escuela y el Sistema Educativo? ¿Cómo se plantea el rol del bibliotecario en los escenarios escolares? ¿Su formación profesional, es pertinente para la escuela?

Otro de los movimientos notables, fue el que surgió en 2011: la convocatoria del Ministerio de Educación de la Nación Argentina a participar de un profundo análisis y reforma de los Planes de Estudios de las carreras de bibliotecarios impartidas en los Institutos Superiores de Formación Docente, inscriptos ahora dentro de las Tecnicaturas Superiores Sociales y Humanísticas (TSSyH) a través del análisis de un Documento Base Curricular que se reformuló a partir de la incorporación de contenidos obligatorios como educación y formación política y ciudadana, sociología, entre otras, que está indicando sobre todo la necesidad de alinear la formación bibliotecaria con la Política Educativa de Nación y la filosofía que le da carácter y sentido a una educación pública, donde la formación de un ciudadano crítico, reflexivo, integrado y resolutivo para las problemáticas sociales en el propio territorio, se vuelve la premisa que arroja un sinnúmero de replanteos para la formación en general (Ley Nacional de Educación, 2006).

Sin dudas también llevó una nota de soplo de aire fresco y la posibilidad de activa participación de bibliotecarios de todo el país con aportes concretos, tanto para los contenidos como para la fundamentación teórica es un hecho sin precedentes para las comunidades bibliotecarias[3]. Para profundizar sobre estas cuestiones y otras vamos a pensar juntos algunos fenómenos contemporáneos en el seno de la sociedad y que se trasladan de alguna manera, al contexto escolar.

Lo “cool” en la biblioteca

El fenómeno de traslado de prácticas de otras disciplinas, como las ciencias económicas y la administración de empresas, a las bibliotecas, también tuvo su repercusión en la

adopción de un vocabulario exótico, ajeno al espíritu mismo de las bibliotecas. Las concepciones neoliberales que imperaron en los 90' y siguen empujando en la sociedad hacia las tendencias consumistas, en Argentina, después del 2001 sufrieron un generalizado repudio social vistas las debacles financieras de entonces que llevaron al país al borde mismo del caos. Los movimientos sociales y políticos fueron recuperando poco a poco un espacio para el debate social que recupera e instala un modelo populista donde el sujeto de derecho igualitario se convierte en el centro y el eje de las políticas públicas.

La visión de un sujeto consumista[4] por sobre un sujeto de derechos, impactó notablemente en las prácticas y teorías bibliotecológicas, la incorporación de las nuevas tecnologías de pronto invadieron las bibliotecas, ¿Acaso también ellas no están resultando en cierta forma, modelos de continuidad sutiles, para fenómenos ya conocidos de neocolonización? ¿Qué representaciones simbólicas acarrea la utilización de denominaciones como “content curator”, “community management” para prácticas bibliotecarias cotidianas? ¿Por qué sigue siendo preferible referirse a actividades normales de la profesión bibliotecaria en inglés? ¿Qué consecuencias desata sobre la responsabilidad social esta aparente “actualización” profesional en las cuales aparece un cambio de utilización de denominaciones a viejas prácticas? Todo lo que es “cool”, está a la moda ¿eleva acaso el prestigio de una profesión? ¿Estamos confundiendo herramienta tecnológica de trabajo con prácticas y formación?. Esto se trasladó al vocabulario también y, de alguna manera va impregnando sutil y acaso subliminalmente, concepciones y tendencias. ¿Hemos dejado de formar bibliotecarios y pasamos a formar expertos en la Información, especialmente la que está en la web? Esta ruptura con el pasado bibliotecario, ¿qué implicancias está desatando sobre el presente humanístico de la bibliotecología? Estas preguntas también me llevan a pensar sobre el fenómeno de identidad laboral y profesional que menciona Ana María Finocchio en la Clase 8: *“las trayectorias profesionales y laborales pueden leerse como uno de los modos posibles de encaminarse en la búsqueda de la identidad al amparo de lo colectivo, de lo comunitario. Pero también en este análisis será necesario evaluar el delicado equilibrio en la tensión entre la identidad como encuentro de certezas compartidas y la tendencia al encierro protector dentro de lo conocido, con escasa permeabilidad y contacto con otras comunidades y pertenencias sociales”*. Si bien Finocchio se refiere a la profesión docente y, si nos pensamos como tales los bibliotecarios, podríamos analizar de qué manera configuramos nuestra identidad bibliotecaria en los espacios laborales, teniendo en cuenta que en la escuela suele ser personal único con lo cual su trabajo es prácticamente

solitario. Configurar nuestra identidad en este contexto, sin dudas, es uno de los mayores retos cotidianos. Sumado a ello, la ausencia de programas de formación continua para el profesional en ejercicio, escasez de construcción de colectivos profesionales comunitarios, gremios o sindicatos específicos para bibliotecarios, sin dudas ponen en juego la dificultad para desenvolverse en un escenario sumamente incierto para integrarse a proyectos institucionales. Todo depende siempre de muchos factores de la cultura institucional (Bajour, 2007).

En relación al vocabulario, ante conceptos clásicos, la biblioteca, por ejemplo, comenzó a llamarse Unidad de Información, Centro de Recursos Múltiples, aludiendo a uno de los elementos de su constitución como disciplina: la Información, en el primer caso y en el segundo a la diversidad de soportes que almacena. El lector, pasó a llamarse “usuario”... Desde mi punto de vista, podría ser un problema que se plantea para las bibliotecas que además de información almacenan propuestas para el encuentro ciudadano, como las Bibliotecas Públicas, dispositivos para la construcción de conocimiento, materiales y herramientas para el ocio y el entretenimiento y.. finalmente simplemente espacios para la apropiación de la cultura. Tal vez, no solo para adecuarnos a las políticas públicas vigentes, sino también a la necesidad de recuperar el sentido humanístico de la biblioteca, sería más apropiado referirnos a los usuarios como lectores teniendo en cuenta que se trata de sujetos con derechos, con derecho a la educación, la cultura, la información...En el caso de las Bibliotecas Escolares, sencillamente aparece como más inapropiada la denominación de “usuarios”. En el escenario escolar, hábitat natural de las Ciencias de la Educación, acaso sean uno de los espacios con más variabilidad de uso de terminologías, pero rara vez aparece un vocablo en inglés.

Si recurrimos a las definiciones, recomendaciones y sugerencias planteadas por documentos internacionales como los Manifiestos Unesco para distintos tipos de bibliotecas, las Directrices de IFLA[5], encontramos que la biblioteca es sobre todo, servicio, pero también es un espacio de encuentro, para las bibliotecas públicas especialmente, pero para la escolar además se vislumbra como un espacio de aprendizaje, con una clara acción pedagógica: en una entrevista que realizamos a la socióloga Lucía Garay, desde el Equipo Técnico para el Diseño del Documento Base para la Tecnicatura en Bibliotecología Socioeducativa de la DGeS, en Córdoba, quedó manifiesto en su explicación sobre las funciones de la biblioteca en los establecimientos

educativos, que el bibliotecario cumple un rol pedagógico y esto queda claro en el sinnúmero de acciones de enseñanza que realiza entre alumnos y docentes. *“No es lo mismo decir que la biblioteca es un espacio pedagógico que reconocer que el bibliotecario ejerce una acción docente”*. En este encuentro, el bibliotecario re-significa su rol al asumirse como un educador más. No solo facilita y oficia de mediador entre los libros y los medios de información, sino que además, se involucra y compromete desde su rol pedagógico. Uno de sus principales compromisos es brindar todas las herramientas necesarias para que la comunidad educativa tienda hacia el autoaprendizaje y la realización como lector autónomo. Para ello utiliza prácticas y herramientas que se acercan más a los procesos educativos que a las prácticas comerciales. Más que enseñar, demostrar y adoctrinar, el bibliotecario orienta y guía en los usos y aplicaciones de las herramientas y medios de información facilitando así el descubrimiento y el encuentro entre el conocimiento y el sujeto que aprende. De este modo, se realiza un autoaprendizaje por descubrimiento que, en el marco de las teorías educativas, son una de las formas más ricas de acceso al conocimiento.

El aprendizaje por descubrimiento es una forma de aprendizaje en el que el sujeto en vez de recibir los contenidos de forma pasiva, descubre los conceptos y sus relaciones y los reordena para adaptarlos a su esquema cognitivo. La enseñanza por descubrimiento coloca en primer plano el desarrollo de las destrezas de investigación escolar y se basa principalmente en el método inductivo, y en la resolución de problemas. Los factores que influyen en la adquisición de conceptos y más concretamente en la forma de adquisición por descubrimiento inductivo están relacionadas con los datos, el contexto, el individuo y el ambiente o clima de trabajo. Jerome Bruner es uno de los máximos exponentes de esta teoría cognitiva, fundamentalmente porque puso de manifiesto que la mente humana es un procesador de la información, dejando de lado el enfoque conductista de estímulo-respuesta, por este otro de constructivista, puesto que considera que los sujetos reciben, procesan, organizan y recuperan la información que reciben desde su entorno. En este proceso el sujeto tiene una gran participación. No hay un instructor que expone los contenidos, sino más bien muestra una meta a ser alcanzada, siendo un mediador y guía para que cada cual recorra su propio camino. Otros autores que valen la pena indagar dentro de estas teorías educativas constructivistas: Piaget, Vigotsky y Ausubel [6]. Desde esta perspectiva, el lector se perfila como un sujeto activo que descubre nuevos aprendizajes en oposición al aprendiz pasivo que recibe lecciones, Por la misma razón,

nosotros no hablamos de “usuarios” y mucho menos de “clientes”, para nosotros ellos son lectores, en el sentido de venir a la biblioteca a leer el mundo y sobre todo, porque son sujetos de derechos, derecho al acceso a la información, el conocimiento y la cultura.

Para reforzar estas ideas, recurrimos a María Clemencia Venegas[7], que realiza valiosos aportes reflexivos en torno al rol del bibliotecario educativo:

“ Se espera de un bibliotecario escolar, dentro de un ámbito educativo, que tenga la capacidad de asumir plenamente su condición de educar. Para lo cual necesita la disposición para enseñar, la capacidad de diseñar múltiples actividades, materiales, experiencias, ambientes y secuencias de instrucción que faciliten el aprendizaje. En su rol docente, el bibliotecario debe capacitar para la autonomía, haciendo que sus usuarios puedan aprender a aprender, comprender para actuar, razonar crítica e independientemente,. También debe reconocer las diferencias individuales de estilos de aprendizajes y gustos, para permitir la elección libre de temas, en diversos soportes y medios: lo auditivo, lo escrito, lo visual, lo multimedia”

Esta enumeración de características del perfil del bibliotecario escolar, pone en tensión la formación bibliotecaria generalizada, la que conocemos hasta ahora: lo que describe Venegas, ¿No se acerca más, acaso, al perfil de un maestro, de un docente que al del bibliotecólogo que todos conocemos con un vasto conocimiento tecnocrático y academicista? Esto, ¿supone que deberíamos formar maestros bibliotecarios?. Sobre esto último volveremos más adelante.

Hacia un ecosistema bibliotecario para la Educación

Si miramos algunos factores diferenciales de la biblioteca con respecto al “aula” (Bajour, 2007), notaremos ciertos fenómenos conductuales cuyo sentido no nos hemos detenido a estudiar significativamente, pero que sin embargo se observan en la cotidianeidad. Por ejemplo, elementos que diferencian claramente la biblioteca del aula: en la biblioteca los sujetos lectores no son evaluados, no deben cumplir con tareas específicas ni hay un tiempo determinado para ejecutarlas, ni son interrumpidas por pausas normativas como los recreos. En este sentido me parece bueno traer las palabras de Michele Petit: “*Lo que se experimenta no se evalúa*” [8]. El clima de libertad para aprender sería como el

ecosistema natural de la biblioteca. Así, biblioteca y el bibliotecario se revelan como oportunidades para el aprendizaje creativo. Al mismo tiempo que el sujeto descubre por sí mismo los conocimientos, desarrolla y reelabora otros. La biblioteca cotidianamente asiste a estos pequeños milagros de la reconstrucción y re-creación del conocimiento que, escasamente quedan registrados, casi nunca se debaten y se discuten, pero cuya resolución es altamente positiva en la evolución del sujeto lector como estudiante, profesional, investigador y cuerpo docente. Para comprender mejor estos fenómenos de experiencia lectora, Petit señala la importancia de imaginar dispositivos para que los profesores tengan acceso por sí mismos a ella (la experiencia de la lectura que primero fue de “otro”) o, que por lo menos, no la repriman.. valga la referencia, para los bibliotecarios: ¿Cómo se puede contagiar lectura sino la vivimos...teniendo en cuenta que la vivencia de la lectura como experiencia placentera, facilita el acceso a lecturas más complejas que distinguen las distintas ciencias duras y una gran diversidad de disciplinas de estudio?.

Vinculado a esto además, quizás de modo tangencial, pero no por ello menos importante ¿reconocemos o contamos con instrumentos y dispositivos válidos para medir y evaluar el grado de influencia positiva en el rendimiento escolar de los alumnos, la presencia de la biblioteca en todo el trayecto educativo? (Bajour, 2007) Y después de todo: ¿no es la lectura el motor que facilitar todos estos fenómenos? ¿En qué lugar y desde qué perspectiva se estudia y se profundiza la lectura en la formación bibliotecaria?

Bien señala Petit la importancia del oficio de mediador de lectura, al cual llama “arte del mediador” cuya nota particular *“es el arte de la recepción, de la hospitalidad. Es también una aptitud para interrogarse sobre sí mismo, para pensar en su propio recorrido, en su propia relación con los libros, para reflexionar en su propia experiencia. Tal arte de los mediadores es una calidad de presencia, una capacidad de estar con sus cuestionamientos, su propio mundo, su estilo, su cuerpo. Su energía, su voz que da vida a los textos”* ¿No es esta acaso la labor cotidiana del bibliotecario? Siguiendo la misma autora, esta calidad de presencia es lo que estaría diferenciando de modo sutil el aula de la biblioteca. Distinguiendo la tendencia “instrumentalista” que señala Bajour de la tendencia humanístico-educativa. La posibilidad de dejar emerger sensaciones y emociones, aplastadas en el fragor áulico sería acaso la nota distintiva y elevada de un ecosistema bibliotecario singular.

La formación bibliotecaria

Como bien señala Venegas, la formación bibliotecaria también ha sido invadida con la tendencia “tecnologizada”, (“biblioteca instrumentalista” de Bajour) dando más importancia a la formación de un experto en nuevas tecnologías y omitiendo la formación pedagógica, los estudios sobre la historia reciente, la formación política, la conciencia ciudadana, la formación lectora y el conocimiento sobre literatura: acordes con las responsabilidades del rol bibliotecario en el marco de los establecimientos escolares. Siguiendo a Bajour en la lectura y análisis de distintos planes de estudio, especialmente los de formación universitaria, estas ausencias no son las únicas: formación lectora, participación de la biblioteca en los procesos de alfabetización, extensión cultural y formación literaria. De allí que me parece que tendríamos que detenernos a pensar en la siguiente disyuntiva: si existen distintos tipos de bibliotecas, ¿deberían existir distintos tipos de formaciones bibliotecarias o por lo menos orientaciones? Si estamos ante un egresado con una profundización en el uso de las nuevas tecnologías, donde se prioriza la formación de un experto en nuevas tecnologías, información y comunicaciones: el perfil es, claramente para una biblioteca académica, donde la investigación, es el corpus de la formación superior universitaria, en cambio en la escuela, el alumno debe “aprender” a investigar, a estudiar, a encontrarse con los saberes, a su propio ritmo, a su propio estilo. No es que en la escuela no se requieran estos conocimientos en el perfil del bibliotecario, pero resultan insuficientes. En este contexto, ¿cuál debería ser la formación del bibliotecario escolar? Esta situación también se torna difícil para el propio trabajador de la biblioteca, por ejemplo, cuando el egresado, comienza su desempeño en una biblioteca escolar. ¿Cuáles son los mecanismos de adaptación que el bibliotecario universitario despliega para un medio educativo para el que no fue preparado? ¿Cómo se vincula con la comunidad escolar? ¿Cómo se adapta un perfil de egresado que no ha visto ni escuchado en los claustros contenidos sobre pedagogía, sobre sistema educativo, sobre Institución Escolar, sobre alfabetización, sobre formación lectora, sobre literatura?[9]. Qué quiero decir, que las carreras universitarias preparan un bibliotecólogo para bibliotecas universitarias, si esto es así, ¿cómo y quién prepara bibliotecarios para bibliotecas escolares, públicas y populares? ¿Cómo enfrentamos en la escuela los desafíos de acompañar los procesos de alfabetización, formación lectora y literaria? ¿Cómo desempeñamos un rol y compromiso social esperado desde las recomendaciones y directrices bibliotecarias internacionales si no recibimos formación política, cultural y ciudadana? Venegas nos aporta algo de luz, en este sentido: *“El rasgo común de los programas es que contenidos como los fundamentos y el enfoque social del manejo de la información, los procesos de*

lectura y construcción de saberes, las consideraciones pedagógicas en torno a la lectura y escritura, la formación de competencias en la formulación de preguntas estrategias que permitan el acceso, uso y producción de información por parte de los jóvenes (o de quienes aprenden a investigar), así como otros requerimientos propios del trabajo de los bibliotecarios escolares, están ausentes de los programas de formación inicial de los profesionales. Entre el perfil del bibliotecario erudito del siglo XIX y el experto en informática del presente, se ha presentado un bandazo formativo en nuestro continente (de lo humanístico a lo técnico) que, en vez de acercar al bibliotecario a sus usuarios, lo sigue manteniendo más cerca de un conocimiento profesional un tanto hermético y privilegiado”.

Uno de los ejes para una trama

Para ayudarnos a recuperar sentidos y encontrar un eje de reflexión que nos aporte alguna luz sobre la problemática planteada en torno a la formación del bibliotecario, especialmente el profesional que se inserta laboralmente en los escenarios escolares, me gustaría retomar la cuestión de la lectura como eje de significados en la formación bibliotecaria. ¿Por qué no se encuentra ésta en los planes de estudio de las carreras de bibliotecología cuando en sí misma constituye el eje de trabajo por excelencia primordial para un perfil profesional? ¿Cómo se plantea el desarrollo de un perfil altamente calificado para “clasificar” contenidos y textos en distintos formatos si no se reflexiona, estudia y practica la lectura académicamente más que como un ejercicio rutinario de estudio? El trabajo bibliotecario se basa casi exclusivamente en la lectura: para clasificar documentos primero hay que realizar lo que se denomina en la jerga profesional: una “lectura lineal”. ¿qué es la lectura lineal? Lo que en lengua conocemos como acercamiento a través de los paratextos. Se leen los datos contenidos en la portada, la contraportada, se realizan búsquedas en distintas fuentes de información y herramientas de trabajo para decidir qué clasificación tendrá una obra. Ante colecciones monumentales, demandas urgentes de una comunidad lectora, es cierto, de entrada se le indica al estudiante de bibliotecología que deberá habituarse a tomar el libro u otros documentos en otros formatos, como un objeto que requiere un análisis rápido, eficaz y que poco a poco se va convirtiendo en rutinario y mecánico. Frente a un título “Historia argentina : una mirada crítica...” simplemente la memoria ya sabe qué clasificación tendrá esa obra... pero una “mirada” crítica nos detendría un poco más para advertir en ese subtítulo una posible variación en la clasificación de ese libro. Michel Petit refiere a Bourdieu señalando que la “escuela

destruye cierta experiencia popular, erradica cierta necesidad de lectura, en la que el libro es percibido como depositario de secretos mágicos y del arte de vivir, para crear otra necesidad, de forma diferente”... Cual estudios de literatura, los bibliotecarios nos acercamos a los libros apenas, a sus lecturas accesorias en una relación de dominio: *“el texto era algo que disecar con ayuda de escalpelos tomados de la crítica textual, de las teorías de la enunciación, de la retórica”...* ¿En qué estado se ubicaría el bibliotecario que no está obligado a leer el texto que “analiza” tangencialmente, linealmente y aún así debe ser capaz de determinar una ubicación topográfica en unas estanterías donde se supone que se hallarán similares lecturas? Cuando en la escuela secundaria en más de una oportunidad me sucedió que los alumnos preguntaran : “Y vos, ¿te leíste todos estos libros?” Dejemos en claro: no estamos obligados a leerlo todo pero sí a desarrollar una conciencia crítica porque es necesaria para el ejercicio de la profesión y la responsabilidad educativa. Ahora lo que intento señalar es que desde la misma formación, por una cuestión de premura, la lectura es bien pronto desestimada como práctica humanística y más bien es señalada como una cuestión eficaz, rutinaria y mecánica, cuanto más rápido se ejecutan y se realizan las tareas... lo cual obviamente no da lugar a una lectura en los términos que conocemos y vimos en esta diplomatura. ¿Dónde pues, quedaría la concepción de un Promotor de lectura en estas condiciones?

Una cuestión por dilucidar aún, como gran asunto pendiente de estudio y análisis es el rol del bibliotecario en los Niveles Inicial y Primario en torno a la alfabetización. Cuál es el impacto de la organización de un adecuado Rincón Infantil, la pertinencia en la selección de lecturas, el conocimiento necesario sobre literatura de acuerdo con edades, criterios, currículum y el ineludible ejercicio de las prácticas integrando equipos con los propios docentes. Sin dudas, todo un capítulo para desarrollar en la formación del bibliotecario escolar. A este respecto bien vale la diferenciación entre una concepción instrumentalista de la biblioteca señalada por Bajour y la biblioteca educativa: esta autora reconoce en la labor técnica del bibliotecario y las propuestas de actualización, casi exclusivamente dedicadas al aspecto de la accesibilidad de las nuevas tecnologías y la información. También indica que estas capacitaciones no siempre están acompañadas de un análisis crítico de las genuinas necesidades ni con los modos de leer y con las experiencias de lectura de los estudiantes. *Para evitar la tentación instrumentalista y tecnocrática no hay otro camino que mirar la biblioteca escolar en diálogo con la escuela en su conjunto. O sea, no se trata de plantear una oposición entre las tareas pedagógicas y las técnicas: un divorcio entre ambas trae como correlato que la biblioteca mire para un lado y la escuela para otro.*

Bajour plantea claramente un posicionamiento de integración entre biblioteca y escuela. No hay biblioteca “subsidiaria” de la escuela, ni “despachante pasiva de materiales” y para que esta integración ocurra, es preciso un bibliotecario comprometido con la educación misma, participante activo de la vida escolar, no un invitado a las actividades esporádicas, sino un activo actor educativo que se integra a las actividades de diseño y planificación de las acciones pedagógicas comunitarias de la escuela.

Cerrando la trama

Me parece importantísimo recuperar el sentido humanístico de la bibliotecología y las bibliotecas. Sin dudas, queda mucha tela para cortar, pero ir poniendo sobre la mesa algunos aspectos que nos preocupan y nos ocupan en el mundo de las bibliotecas educativas, sin dudas es dar un primer paso a la manifestación entusiasta de que hay cuestiones que las reconocemos y otras que quedan por dilucidar y seguir interpelando las realidades y prácticas podría ser otro camino consecuente.

Sin embargo, a modo de conclusión, quisiera resaltar que en lo personal, me gusta pensar y hacer la biblioteca como una usina, un laboratorio permanente de recreación del conocimiento, una posibilidad de encuentro de las comunidades en su propia diversidad socio cultural, con un espíritu igualitario, justo y solidario, tanto para acceder a los bienes culturales, los medios de información, como para desarrollar actividades lúdicas, de entretenimiento que propician la armónica convivencia escolar. Erradicar barreras, no solo refiriéndonos a la accesibilidad (reglamentos demasiados rígidos y poco flexibles, no disponiendo de estanterías abiertas, etc), sino además referidas a la calidad de la permanencia en la biblioteca. Es decir, sin los condicionamientos y exigencias propias del aula para aprender. Pero en todo momento destacar una permanencia en ella con calidad: todos podemos sentirnos incluidos en un espacio con la menor cuota posible de tensiones.

Bibliografía:

- **Andruetto**, María Teresa. *Sobre el acceso al exceso*. Clase 23 – Diplomatura en Lectura, Escritura y Educación, Flacso 2011

- **Bajour**, Cecilia. (2007) *La biblioteca escolar: un tema que involucra a todos en la escuela*. En www.imaginaría.com.ar, <http://www.imaginaría.com.ar/2008/04/la-biblioteca-escolar-un->

[tema-que-involucra-a-todos-en-la-escuela/](#)

- *Bibliotecas y escuelas : retos y posibilidades en la Sociedad del Conocimiento* / coord. por Elsa **Bonilla**, Daniel **Goldin** y Ramón **Salaberria**.—1a. ed. - Barcelona : Océano ; Travesía, 2012

- **Bruner**, Jerome. *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata, 1988

- **Colomer**, Teresa. *El mapa no es el territorio... pero ayuda a no perderse. Educación literaria y escolaridad básica.*- Clase 3 Especialización en Lectura, Escritura y Educación – FLACSO 2012

- **Finocchio**, Ana María. *La comunidad docente en busca de nuevos modos de pensar la formación*. Clase 8. Especialización en Lectura, Escritura y Educación – FLACSO 2012

- **Hobsbawn**, Eric. *Historia del Siglo XX : 1914-1991*.—1ª. Ed., 6ª. Reimp.—Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998

- *Directrices de la IFLA/UNESCO para la Biblioteca Escolar*. Disponible en línea: <http://archive.ifla.org/VII/s11/pubs/sguide02-s.pdf>

- **Venegas**, María Clemencia. *El personal de la biblioteca escolar: su formación previa y en el ejercicio*. EN: *Bibliotecas y escuelas : retos y posibilidades en la Sociedad del Conocimiento* / coord. por Elsa Bonilla, Daniel Goldin y Ramón Salaberria.—1a. ed. - Barcelona : Océano ; Travesía, 2012. Pp.341.377

Notas

[1] Hobsbawn, Eric. *Historia del Siglo XX : 1914-1991*.—1ª. Ed., 6ª. Reimp.—Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1998.—pág. 25

[2] El GESBI, Grupo de Estudio de Bibliotecología y Documentación impulsó estos encuentros en 2007 como punto de partida para una reflexión crítica de un amplio espectro situacional de la bibliotecología y los bibliotecarios, en especial, del compromiso social y político latinoamericano.

[3] La creación del Instituto Nacional de Formación Docente (INFD), significó un replanteamiento de la formación docente y las carreras superiores no universitarias.. A fines de 2011 surgió el Documento Base para la Tecnicatura en Bibliotecología Socio-Educativa, que en cada provincia adopta nombres mas o menos similares pero con cambios sustanciales en el currículo. Desde Córdoba se participó a través de la DGeS (Dirección General de Educación Superior, Min. De Educación de la Prov.) donde planteó no solo cambios en los planes de estudios sino también en la utilización de un vocabulario actualizado y más cercano a la educación que a las prácticas empresariales que habían imbuido las prácticas bibliotecológicas académicas. Más detalles en la Plataforma de las TSSH http://tecnicaturas.infed.edu.ar/sitio/index.cgi?wid_seccion=7

[4] El sujeto consumista como producto además del Siglo XX fue definido por Zygmunt Bauman.

[5] IFLA: Siglas de la International Federation Library Association

[6]. Para ampliar estos conceptos y conocer más sobre las formas de aprendizaje por descubrimiento, recomendamos la lectura de: Bruner, Jerome. *Desarrollo cognitivo y educación*. Madrid: Morata, 1988. También se recomienda de Aebli, Hans, *Factores de la enseñanza que favorecen el aprendizaje autónomo*. Madrid: Narcea, 1991 (Biblioteca Figuroa Alcorta) – Para conocer otras teorías del aprendizaje: Pozo, Juan Ignacio. *Teorías Cognitivas*. Madrid: Ediciones Morata, 2006.

[7] María Clemencia Venegas dirige el Sistema de Bibliotecas de Colombia.

[8] Petite, Michele. “Al principio fue la experiencia del otro”. Clase 1 – Diplomatura Flacso Lectura, Escritura y Educación 2011, pág.7, párrafo 4

[9] Recientemente la carrera de Bibliotecología que se imparte en la UBA lanzó la creación de una Maestría en Bibliotecología en un convenio con la Biblioteca Nacional, llama la atención de la continuidad de esta línea de formación profundizando la formación tecnocrática, lo cual se desprende de la lectura del Plan de Estudios, alejándose cada vez más de los contenidos y formación humanística, donde tampoco se advierte una inclusión de los temas escolaridad, educación, pedagógico-cultural.